

EL RETABLO DE MAESE SANCHO

Había una vez unos niños felices y contentos, que gritaban y reían viendo un teatro de marionetas.

Su infantil imaginación les hacía soñar en un mundo de fantasía, donde todo estaba en perfecto orden.

La princesita cantaba mientras aguardaba a su apuesto príncipe que llegaría cabalgando sobre un magnífico corcel. El príncipe cazaba con su orgulloso halcón y componía bellas poesías que luego dedicaría a su amada. El rey organizaba la vida de sus vasallos que preparaban las celebraciones de la próxima boda entre los bellos príncipes. Todo era tan del agrado de los niños inmersos en sus propias fantasías, que eran incapaces de distinguir entre la ficción y la realidad.

Sin embargo, detrás de las cortinillas del teatro, la realidad era bien distinta. Bajo el toldo, un pobre hombre, sudoroso y enjuto, se afanaba en dar vida a unos muñecos rancios y gastados cuyas ropas tenían tantos remiendos como la infinita edad que aparentaba el desgraciado. Su voz aguardentosa apenas podía simular la dulce voz de la princesa y los relinchos del caballo más parecían graznidos de cuervo en la garganta de aquél miserable truhán. Aquél día, tras echar el telón y haber recaudado las cuatro monedas que la generosidad de los niños le había brindado, aquél pobre miserable se fue con sus fantasías a vivir al mundo que él había ido construyendo a lo largo de su paupérrima existencia.

Hízose cargo entonces del teatro un mozalbete bravucón y pendenciero, que había ayudado a maese Sancho a montar y desmontar el tinglado a lo largo de los caminos que habían tenido que recorrer para llevar la ilusión a los niños de las aldeas donde, gracias a la misericordia divina, habían ido sobreviviendo a duras penas.

Tan pronto como empezó con las representaciones pensaba que, sin lugar a dudas, todo iría mucho mejor que hasta entonces. Sin embargo su falta de sensibilidad y egoísmo hicieron que nunca hubiese entendido de verdad el mensaje de alegría que maese Sancho había llevado siempre de un lugar a otro.

Lo verdaderamente importante del retablo era la sonrisa de los niños y la complicidad de su imaginación, sin la cual, ninguna historia, podría haberse convertido en realidad.

A éste sólo le importaban las monedas que caían en su gorro seboso, rancio por el sudor que había ido impregnándolo a lo largo del tiempo y poco o nada le importaban la sonrisa de un niño o el llanto de la princesita. Por eso poco a poco casi nadie acudía ya a las representaciones de semejante bribón, ya que las actuaciones se convirtieron en un espantoso lío. El rey se había convertido gracias a la personalidad de éste individuo, en un tirano y despótico recaudador de impuestos. La princesita había evolucionado hacia una joven histérica que se enfadaba continuamente sin causa aparente. El príncipe ya no empleaba su tiempo en la caza, ni mucho menos en la poesía, ahora se había convertido en un rico y avaro mercader que pretendía a la princesa por su deseo de poder. El malvado de turno se había erigido en asesor del rey y recaudaba los impuestos de su rey en beneficio propio. En fin, la ficción había dado paso a una representación fiel de la realidad, que ya no tenía interés para los niños, más felices imaginando heroicas batallas del príncipe, que siempre vencía a los malvados, con un rey bueno con sus súbditos y con una princesa que hubiese podido ser su ideal de madre.

Y como todo en esta vida se cuece en su propia salsa, aquél desalmado haragán, acabó regalando el retablo a un mendigo con mirada limpia, y lleno de sueños mágicos, que aún hoy, como reflejan las crónicas, sigue haciendo creer a todos los niños del mundo, que la fantasía es mejor que la realidad.

Si alguno de entre vosotros, tiene la suerte de encontrarse el RETABLO DE MAESE SANCHO, en cualquier plaza o calle, dadle las gracias en mi nombre, porque el teatro que estamos viendo estos días, ya no me gusta, y yo sigo pensando en los príncipes y los dragones, los reyes y las princesas, en su sitio y todo en orden.

Quedad con Dios, ciudadanos, y si el cuento os ha gustado y algún recuerdo os sugiere, tened paciencia y aguante y buscad entre las gentes algún mendigo piadoso, que os devuelva la alegría de los niños de este lance.

En la inmortal ciudad de Zaragoza, a 24 de agosto del año 2000 del Señor.

Maese Carlos Sancho.